Pero nunca con tanta insistencia como desde que se hallaba en Francia.

Por fin iba á saber.

Se lo habia prometido.

Abrió la ventana y se asomó.

Una bruma blanca envolvía á la tierra en su superficie como con un velo que la brisa no tenía la fuerza de rasgar.

Los dos extremos del valle cubiertos de árboles, formaban una sombría muralla, entre cuyas paredes la pradera parecía un lago inmóvil y helado.

A la derecha de la joven, á bastante distancia, una especie de pico rocoso se levantaba con el aspecto de una fortaleza en ruinas.

A la opaca y azulada claridad de las estrellas, aquella masa afectaba formas extrañas.

Muy en contra de su voluntad los ojos de Juana se dirigian hacia allí constantemente.

Un hombre acertó á pasar al pie de las paredes de la casa, llevando en la mano un farol encendido.

Un rayo dió de lleno en su rostro y la joven reconoció al cochero que les habia traido desde Nevers.

—¡Ah! ¿Sois vos, Muline?

—Sí, señorita.

—¿Dónde vais?

—A la cuadra, á ver si todo está en orden, para acostarme.

—Esperad. ¿Podéis decirme qué es lo que se ve allá, á lo lejos?

Y con el dedo señalaba al peñasco.

—Sí, señorita

—¿Qué es?

—La Roca Sangrienta.

—¿Cómo?

—La Roca Sangrienta, señorita; un lugar muy conocido en el pais.

Muline añadió, queriendo halagar á su ama:

—Os pertenece, señorita Juana. Está dentro de la posesión.

—¿Por qué tiene un nombre tan raro?

—Por nada. En su base hay un manantial, cuya agua parece roja. Y creo que por eso la designan con ese nombre. Hay gentes que pretenden otras cosas, pero no son más que suposiciones.

—¿Qué es lo que dicen?

—Que han matado allí á algunas personas; pero no se ha podido nunca comprobar.

—Gracias, amigo.

—Buenas noches, señorita.

Juana permaneció algún tiempo más contemplando aquel paisaje.

Por fin se decidió á retirarse.

Cerró la ventana y fué quitándose poco á poco la ropa, que dobló cuidadosamente.

A pesar de las fatigas del viaje no tenia sueño.

Dió unas cuantas vueltas por la habitación, pisando con sus diminutos pies sobre la mullida y rica alfombra, se sentó después delante de una riquísima mesa, y viendo un pedazo de papel blanco, que atrajo maquinalmente al alcance de su mano, se le ocurrió escribir.

¿Pero el qué?

¿A quién podía confiar sus pensamientos?

A su excelente amigo Panel.

Trazó unas cuantas palabras.

En seguida estrujó el papel y lo prendió fuego en la bujía que la alumbraba, al mismo tiempo que pensaba:

—¿Para qué molestar al pobre baron con pensamientos tristes?

¿Para que entristecerle ahora que tan contento estará en su Normandía?

Se sonrió.

¿Tan contento? Debía faltarle algo también, su protegida, su discípula, en la cual pensaba seguramente.

—¡Pobre baron!

Este recuerdo abrió un paréntesis en sus meditaciones.

El recuerdo de su amigo despejó por un momento las sombras que oscurecían su horizonte.

Se metió en la cama é hizo un esfuerzo por alejarlas.

Tardó mucho en quedarse dormida, pero el sueño vino al fin á aquellos ojos tan hermosos, mientras que sus labios murmuraban:

—¡Mañana... sabré...!

Cuando se despertó era muy de dia.

El sol entraba á torrentes en su cuarto.

Juana lo abrió todo.

El aire era fresco y puro, y venía embalsamado con el olor de la yerba de los prados, de las hojas de los árboles del bosque y de las flores del jardín.

El panorama que se veia desde la ventana, era risueño y agreste.

Las torrecillas, los tejados puntiagudo y sus elegantes veletas, el palomar, la antiquisima torre restaurada con sus troneras y su manto

de yedra, la avenida y la verja á lo lejos, formaban un conjunto muy á propósito para chocar á los ojos de una americana recien llegada de las salvajes regiones del Far-West.

Juana se sonrió al comtemplar todo aquello que tan nuevo era para ella.

La noche, en su huida, habia arrastrado consigo á los fantasmas, á los espectros y á las ideas tristes que tan fácilmente se apoderan de nosotros en las tinieblas.

Hasta la Roca la pareció que tenía otra forma. Sa punta culminante, estaba cubierta de verde, y desde allí se dominaba una grandísima extensión de terreno como habia dicho Muline.

Hasta Busey.

Aquel nombre no se borraba de su imaginación. Desde que lo habia oido pronunciar por la criada de su abuelo.

El capitán está en París en casa de la condesa de Busey.

¿De modo que la conocía?

¿Qué relación podia haber entre aquella gran señora y su pobre abuelito, con el cual desde su emigración no habia tenido la menor relación?

Se vistió muy de prisa.

Hubiera deseado hallarse ya en la cima de la Roca Sangrienta.

Creia que aquella peña de tan estrambótico nombre iba á revelarla una infinidad de secretos.

Además tenía una curiosidad, en ella muy natural: la de conocer la tierra donde tenia que vivir con su padre, donde éste había naci-

do, y á la cual, la víspera, no había dirigido más que una mirada indiferente, agobiada como estaba por la influencia de las tristes ideas que la mortificaban desde que había entrado en Francia desembarcando en el Havre, ó, mejor dicho, desde que había estado en Francia la primera vez.

En cuanto estuvo preparada, se miró complacientemente en un magnífico espejo que fermaba parte de su mobiliario.

Su habitación era magnífica.

—Decididamente—pensó—el comerciante de Lyon era un hombre de gusto.

Se encontraba muy bien y muy guapa, puesto que habia logrado alejar sus tristes pensamientos.

¡Critiquen, si quieren y tienen el valor de hacerlo, esta inocente vanidad de las jóvenes!

Eran las ocho cuando salió de su cuarto.

Apenas conocía á los criados de la casa.

Recorrió á toda prisa las habitaciones del piso bajo.

Todo revelaba que allí habian vivido gentes riquísimas, de una sociedad distinguida y de mucho gusto.

No había nada chillón, todo era gracioso, sólido, confortable, palabra esta tan grata á los ingleses.

Juana pensó:

—Si el barón estuviese aquí, creo que le gustaría.

Pero se entretuvo muy poco en contemplar las riquezas allí acumuladas.

Se encontró en la cocina, donde entró con intención de salir en seguida, á una mujer

muy gruesa, vestida sencillamente como una aldeana que estaba ocupada en mondar patatas.

—¿Sois la cocinera?

—Sí, señorita.

—Dispensadme; pero no os habia visto aún. ¿Hace mucho tiempo que estáis aquí?

—Tres años, señorita.

—De modo que sois de la época de los antiguos dueños.

—Sí, señorita.

—¿Qué tal hombre era?

—Muy bueno y muy fácil de servir. Cuando vuestro señor padre compró la posesión me rogó que me quedara, y aquí estoy.

—¿Cómo os llamáis?

—Nicolasa, señorita.

—Pues, bien, querida Nicolasa, ¿podéis decirme dónde está mi padre?

—El señor Redon ha salido.

—¿Hace mucho?

—Lo menos una hora.

—¿Hacia dónde ha ido?

—No puedo deciroslo... ¿Qué desea tomar la señorita?

—Cualquier cosita, poco me importa. Todo me gusta. Después de comer los guisotes de los negrazos del coronel Scott, se aviene una á todo.

—¿Chocolate?

—Lo que querais: café, sopas de ajo, pan con manteca, leche; todo me gusta.

Se sentó sin cuidado delante de una mesa de castaño, sobre la cual hubiera podido edificarse una casa, se sorbió una jícara de chocolate de dos tragos y dijo:

—Voy á darme un paseo, Nicolasa. Si preguntan por mí, decid que estoy por el bosque ó hacia las rocas... allá arriba... Ya sabéis.

—Sí, señorita.

Se levantó un poquito las faldas, cogió un palo que vió en un ricón, inclinó un poquito al lado izquierdo el sombrerito de paja que cubria sus cabellos, y salió.

La enorme cocinera, con las manos apoyadas en las caderas, la miró con admiración.

—O mucho me equivoco, ó la señorita es muy buena; debe tener un corazón de oro. Lo que sí es cierto, es que no es delicada.

Esta palabra es muy del campo.

No gustan en él las gentes delicadas; es decir, la etiqueta, las palabras vanas que ocultan casi siempre falsedades, perfidia, orgullo y astucia.

¡Pobre vida del campo, cuán calumniada eres, y cuántas gentes honradas encierras!

En la explanada del castillo, Juana encontró á un jardinero, que con un rastrillo arreglaba los paseos, y después á Muline, que llevaba á dar agua á los dos caballos que le habían traido el día antes.

De un salto se montó en el que tenía más cerca, y éste, asustado por aquella brusca familiaridad, pegó un tremendo bote.

Juana tranquilizó á Muline, que quería acudir en socorro de la joven, creyendo que la iba á tirar, diciéndole:

—No tengais cuidado... Me conocen.

En seguida dijo á Muline con su acento exótico, que hacía gracia:

—Buenos días, me voy por ahí.

Y señalaba á la Roca Sangrienta.

Se dirigió, en efecto, hacia aquella especie de pico minúsculo que se veía por encima de los arbustos.

Parecía estar más cerca, y gracias á un efecto de óptica, parecía como que se inclinaba hacia el valle para espiar lo que en él se hacía.

Es un puesto avanzado que domina todo cuanto tiene á su alrededor.

En cuanto se quedó sola, el silencio del valle la obligó á volver á sus cavilaciones de la víspera.

Dentro de algunas horas, de algunos minutos quizás, lo iba á saber todo.

Su padre se lo había prometido.

Habia llegado el momento.

¿No lo había dicho?

—¡Mañana!

Poco después entró en un sendero por el cual tan solo podía ir un jinete.

Dos no hubiesen podido pasar.

Aquel sendero era el atajo que conducia á la cima de la Roca Sangrienta.

De cuando en cuando un macizo de árboles ocultaba á la vista aquel camino para aparecer más allá.

A alguna distancia Juana vió á un paseante que la precedia.

Era su padre.

Evidentemente los dos se dirigían al mismo punto.

Juan Redon se volvía de cuando en cuando, examinaba el paisaje y proseguía la marcha.

Su hija distinguía perfectamente su rostro; parecía estar bajo el imperio de un sentimien-

to punzante, y caminaba con la cabeza baja.

El padre y la hija no tardaron en llegar, la una después del otro, á la cima de la colina.

Juana tenía cuidado de hacer poco ruido, para que su padre no la viese.

En el momento en que permanecía oculta detrás de un grupo de castaños, su padre se detuvo.

Junto á él habia un haya de corpulento tronco y clara y lisa corteza, que habia nacido entre las piedras y que debia tener más de cien años.

Juan Redon examinaba atentamente dos nombres grabados sobre aquella corteza y que se habian agrandado con los años.

Juana pudo leer después:

Teresa Tonelie y Juan Redon.

Por debajo habian dibujado, aunque toscamente, dos manos agarradas.

Dos lágrimas brotaron de los ojos del desgraciado, cuyo rostro expresaba una desesperación tan grande, que su hija, sin poder contenerse, se acercó á él, y cogiéndole por un brazo le interrogó con la vista.

El padre se limpió los ojos con un movimiento brusco de su mano, tratando de borrar las huellas del llanto, como si se avergonzase de su dolor, y preguntó:

—¿Estabas aquí?

—Sí, papá.

—¿Hace mucho?

—Lo suficiente para haber visto tus lágrimas.

La joven señaló con el dedo los dos nombres.

—¿Teresa Tonelie es mi madre?—dijo.

—Sí.

—¿Por qué lloras?

—La he querido con pasión, y esta inscripción me recuerda dias de ilusión, dias felices... ¡Han sido tan cortos!

—¿Porque ya no existe?

—No, porque me ha abandonado.

—¿Cuándo?

—Cuando me marché á América.

—¿No decias que habia muerto?

Redon titubeó un momento.

Sus labios se contrajeron ligeramente.

La joven preguntó con firmeza, con los ojos fijos en los de su padre:

—¿De modo que vive?

—Sí.

—¿Era ese tu secreto?

Redon se inclinó.

Juana permaneció un momento cortada.

¿De modo que su madre vivia?

Su padre acababa de decírselo.

¡Y él la lloraba!

¡Ella le habia visto!

¡Se creia estar solo! Así es que no podia tratar de engañarla.

¿Qué ocurria?

¿Qué habia ocurrido entre los dos?

Muy emocionada y casi sin saber lo que decia, la joven preguntó:

—¿Dónde está?

Redon extendió la mano hacia el inmenso castillo de Busey, cuya fachada se distinguia

á lo lejos en medio de la espesura, que le formaba un marco digno de su esplendor.

—Allí—dijo.

—¡La condesa de Busey!

—Ella misma.

—Puesto que es mi madre, ¿por qué lleva un nombre que no es el tuyo?

—Porque tiene derecho á llevarlo.

—¿Cómo?

—Los jueces se lo han concedido.

—¿Tú no te has opuesto?

—No.

—¿Por qué?

—Porque estaba muy lejos de ella...

—¿Y qué?

—Se volvió á casar.

—¿Con el señor de Busey?

—Sí.

—¿Vive?

—No, ha muerto.

—¿Hace mucho?

—Tres años próximamente.

—¿Han vivido juntos?

—Unos quince años.

Reinó un silencio.

Juan Redon inclinó la cabeza como si hubiese estado esperando su sentencia.

La joven prosiguió:

—Hay en esto algo que no acierto á comprender. ¿Por qué me dijiste sobre el trasatlántico, hace dieciseis años—me acuerdo como si fuese ayer: — «No la volveras á ver; ha muerto»?

—Te mentí.

—¿Algún motivo tendrias?

—Es indudable.

—¿Cuál?

—Era muy desgraciado; estaba desesperado. No me quedaba más que tú de un pasado llorado y... queria conservarte. Necesitaba arrancarte del corazon el recuerdo de la mujer que me obligaba á huir.

—¿Y Raimunda?

—Raimunda era muy pequeña... No porbiera podido soportar el viaje... ni el huvenir incierto á cuyo encuentro saliamos. Tuve que dejarla en Francia.

—¿En manos mercenarias?

—En manos de unas gentes que me inspiraban entera confianza.

—¿De modo que nuestra madre nos abandonaba?

Juan Redon se puso muy pálido y no contestó. Su hija insistió y le dijo con dulzura:

—Me has prometido decírmelo todo, toda la verdad. Aunque te cueste mucho, sea cual fuere, por el cariño que me profesas, hazlo, te lo suplico.

Haciendo un esfuerzo, su padre contestó:

—Una madre, á menos que no sea muy desnaturalizada, no se separa de sus hijas de una manera voluntaria.

—¿Entonces?...

—Eras mia y me pertenecías, y te cogí.

—¿Qué había ocurrido?

—Cosas que no quiero decirte... Quiero que guardes el respeto debido á una madre... Se lo debes... Ha sido muy buena para vosotras... Mala para mí... La gustaba mucho el lujo y éramos pobres.

Juana le escuchaba atentamente; era fácil comprender que trataba de adivinar sus pensamientos y de ver, por decirlo así, más allá de sus palabras, No se atrevió á preguntarle más.

Y sus ojos se dirigian sin cesar sobre la masa imponente del castillo de Busey.

¡Estaba allí!

Su padre lo decia.

La asaltaban grandes deseos de verla; pero comprendía que hubiese sido una crueldad decirselo á su padre, que temblaba ante la idea de perderla, y rechazaba el reparto de la única afección que le quedaba, sobre todo con la mujer á la cual no podia más que odiar.

Y, sin embargo, la lloraba.

A Juana no la cabia la menor duda.

Habia sido testigo de aquel dolor y creia comprender la causa.

Su imaginación vivísima concebia un plan para el porvenir; pero un plan que tendría secreto para que pudiese tener algunas probabilidades de éxito.

Pero experimentaba una alegria inmensa.

Aquella madre á la que tanto había llorado, se hallaba á algunos pasos de ella.

Podria verla.

No inmediatamente, eso no.

Era preciso obrar con destreza, halagar á aquel padre que tanto habia hecho por ella, que tanto la queria, y en aquellos momentos con más motivo, puesto que era desgraciado.

¿Por qué?

Lo sabria más adelante,

Conocía el arma que habia producido aquella herida que ella deseaba curar.

Todas sus ideas se agolpaban en aquella cabeza tan joven, pero las iba clasificando y aclarándolas poco á poco, y se decía:

—Consultaré á mi amigo. Se lo explicaré todo.

Su amigo era el barón Panel, su maestro y su verdadero guia.

No corria prisa.

Queria gozar de la alegría de aquel dia.

Como su hermana cuando pensaba en su amigo Kerdaniel, se repetía con delicia:

—¡Vive, vive!

Esto era lo importante.

Acercándose á su padre y cogiéndole cariñosamente del brazo le dijo:

—¿Tienes penas?

—Pero...

—Si... lo he visto... ¿Por qué?

Y al ver que no contestaba, prosiguió:

—¿Temes perder una parte de mi cariño?... Dilo... ¿No es eso lo que te mortifica?

Redon se inclinó y de su pecho salió un prolongado suspiro y murmuró:

—Tengo miedo que dudes de mí, por haberte engañado; pero era preciso, tanto por tí, como por mí.

La joven se encogió coquetamente de hombros.

—No quiero saber nada más que eres el mejor de los padres, y el más leal de los hombres, y que siempre has sido bueno conmigo... Para obrar como lo has hecho, has necesitado tener razones serias.. No quiero conocerlas...

—¿Qué harás?

—¡Yo!

Su padre la miraba con angustia.

—Nada—dijo,—esperaré á que el porvenir logre la curación de tus penas.

Y añadió, mirándole fijamente:

—Y hacer votos por la prosperidad y la dicha de mi madre.

—¿Me dices la verdad?

—Hasta el día en que me permitas franquear la distancia que nos separa de ella é ir á abrazarla como cuando era pequeñuela. Manda y obedeceré... ¿No son estos tus deseos?... ¡Qué alegría tan inmensa sería para mí si pudiese veros reunidos!

Señaló á la corteza del árbol y dijo:

—Como en la época en que escribisteis esos nombres.

Juana trató de rechazar la emoción que iba apoderándose de ella, y dijo:

—Y ahora vamos á ocuparnos de Raimunda.

Llevó á su padre por el sendero que habia seguido para llegar á la Roca, no sin dirigir antes una mirada al castillo de Busey, que no se cansaba de contemplar.

Cuando llegaron debajo de unos árboles, la joven prosiguió su interrogatorio.

—¿Habrás experimentado una inmensa pena cuando supiste que se habia perdido?

—Sin duda.

—¿La han buscado bien?

—Por todas partes.

—¿El doctor Rebul ha sido el encargado?

—Sí.

—¿Por qué no lo ha logrado?

—Porque se han acumulado infinidad de obstáculos imposibles de franquear.

—¿Y en estos momentos la siguen buscando?

—Sí.

—¿Quién?

Juan Redon dijo muy bajo:

—Su madre.

Juana sufrió una especie de conmoción, pero permaneció muda.

¿Podia ocurrir otra cosa?

No habia podido olvidar nunca á la mujer tan buena, tan cariñosa, tan vigilante, que las llevaba á pasear por las Tullerías cuando hacía buen tiempo, que velaba por ellas de día y de noche, que no daba este cuidado á nadie, y á la cual habia visto tantas veces en sueños.

Era el único recuerdo de su infancia que habia permanecido grabado en su imaginación, causa constante de sus pesares, y que el tiempo no habia podido borrar.

La joven prosiguió:

—Ahora que ya estamos en Francia, también nos ocuparemos nosotros, ¿verdad?

—Como quieras.

—Claro que quiero. ¡Pobre Raimunda! ¡Sí, porque quizás sea pobre!

—Quizás.

—Sin tener amigos, ni protectores, ni albergue... como aquellas mujeres que hemos conocido allá en New-City y en otros muchos sitios... ¿Te acuerdas de ellas? ¡Pobres seres! ¡Qué porvenir el suyo! Mira, papá, he pensado mucho en ella.

—Hay que tener esperanza.

—¡Oh, sí, tengo fe!

La joven se calló. Tenía grandes esperanzas, que no se atrevía á revelar.

Habló de la Sobajere, posesion admirable.

Supo halagar el amor propio de su padre, la vanidad del propietario, muy pequeña comparándola con las penas que le mortificaban.

La joven le tranquilizó diciéndole lo mucho que debía esperar de ella, de su afecto y de su sumisión, que nada en el mundo podría alterar.

—¡Te debo tanto!—repetía.

¿No habian vivido los dos hasta entonces en la más perfecta unión?

Nada les separaría.

Juana no pronunció el nombre de su madre.

Pero no dejaba de pensar.

Cuando volvian al castillo, despues de haberse paseado toda la mañana á través de los bosques y campos, pasaron por delante de la casa del capitán, que ya habian visto el dia antes, y Juana preguntó alegremente por encima de la cerca de espinos á la anciana y gruñona criada que estaba en el jardin armada con un rastrillo:

—¿No ha regresado vuestro amo?

La mujer aquella contestó con voz muy agria:

—No vendrá hasta dentro de unos días, señorita.

—¿Dónde está?

—En Paris.

—¿En casa de la señora Busey?

—Indudablemente, puesto que es su hija.

—Está bien, gracias; volveremos.

Y dirigiéndose á su padre, que proseguía su camino, le dijo:

—Ya comprendes que no podemos pasarnos sin hacerle una visita á nuestro regreso; es el abuelo y el pobre hombre debe estar muy triste al no oir hablar de nosotros.

Juan Redon no contestó.

En el fondo estaba muy satisfecho de su paseo.

¿No había franqueado, gracias á la bondad de su hija, el paso dificilisimo y peligroso que tanto le asustaba?

Llegaron al castillo cogidos del brazo y Juana acompañó á su padre hasta su cuarto.

Una vez allí le echó los brazos al cuello y le dijo:

—Ya sabes, es cosa convenida; te obedeceré en todo, pero quiero que en cambio de esta sumision me concedas una gracia.

—¿Cuál?

—¿Tienes por ahí, en cualquier parte, un retrato, por pequeño y por viejo que sea?

—¿De quién?

—De la señora de Busey.

—¿Para qué le quieres?

—Verle unos segundos para asegurarme de que mis recuerdos son exactos.

—Pero...

—Creo que no me irás á negar esto, que es tan poca cosa... Y cuando vayamos á Paris ó á Nevers haremos que le reproduzcan para tenerlo yo también. ¿Es mucho exigir?

La joven hablaba con tal mimo, con tal ternura, que Juan Redon se animó un tanto, diciendo:

—¡Gazmoña!... No hay medio de negarte nada.

Y de su bolsillo sacó la cartera de la cual no se separaba hacía tantos años.

En aquella cartera cogió una diminuta fotografía y se la entregó á su hija.

Juana miró el retrato con ardiente mirada, sin atreverse á fijar los labios, y dirigiendo sus ojos á los de su padre, trató de penetrar hasta el fondo de su alma.

En seguida le devolvió el retrato sin pronunciar palabra. Juan salió para ocultar su emoción, y la joven, muy pensativa, murmuró:

—¡La ha amado y sigue amándola! ¡Es libre... los reuniré!

Y al oir la campana que llamaba al almuerzo, se refrescó los ojos en agua para borrar las lágrimas que trataba de rechazar, y casi dichosa, entreviendo un porvenir alegre, sonriente y próspero, bajó al comedor.

IX

Dia de fiesta.

Habia llegado el domingo.

Tres dias habian trascurrido desde la entrevista de Juana con su padre en la Sobajere.

La protegida de Carolina acababa de salir de lo que se ha dado en llamar los brazos de Morfeo.

Su despertador señalaba las ocho.

—¡Oh!—dijo saltando de su camita de hierro con bolas de cobre.—Llegaré tarde.

Al mismo tiempo, tres golpecitos dados en el tabique de la habitación vecina, la advirtieron que debia darse prisa.

Contestó de la misma manera, para dar señales á la cariñosa encargada, diciendo en voz alta:

—Sí, ahora mismo; me estoy arreglando.

Se puso una falda y abrió la ventana para examinar el estado del cielo.

Estaba nublado; pero aunque estaban á mediados de setiembre, la temperatura era agradable y propicia para las excursiones al campo de las cercanias de París.

¿Habéis notado que cuando en una guardilla vive una mujer hermosa, el tabuco no es nunca feo?

La esplendidez del cuadro hacen desaparecer las imperfecciones y la fealdad del marco.

Pero allí hasta el marco tenia cierta belleza.

Poco á poco, con algunos objetos insignificantes, habia adornado el cuarto, de la misma manera que Susana se adornaba con cuatro trapitos.

Uno de esos grandes abanicos que venden en la Avenida de la Opera por un franco, estaba colgado encima de las paredes, cubiertas de papel de un color sonrosado.

El vestido de los días de trabajo estaba colgado en una percha, al lado de un sombrero de paja negra adornado con una cinta azul.

Era la única infracción que Susana se permitía por el luto que llevaba en recuerdo de la pobre baronesa de Kerdaniel.

Unas cortinillas recogidas por dos abrazaderas de seda, adornaban la ventana.

La aprendiza se habia fabricado una colcha, con un antiquísimo vestido de Carolina.